

cuanto á los dogmas y á la moral, pues debe enseñar todo lo que el hombre debe saber relativo á su perfeccion; universalidad de enseñanza en cuanto á las personas, pues el mundo todo la necesita; universalidad en el mismo modo de enseñarse, pues los medios de conseguir el hombre su última perfeccion no debe ser patrimonio exclusivamente de los sabios, debe, pues, adaptarse aún á los sencillos; tan accesible debe hacerse esta religion á los ricos como á los pobres, sus preceptos deben alcanzar igualmente á los que obedecen y á los que mandan; en una palabra, debe ser en todo universal.

Mas la primera esfera en que debe colocarse el observador que examina la catolicidad de una religion, dice el eminentísimo P. Felix, es su vida íntima. La universalidad meramente material (de la cual no tratamos por ahora) sin una constitucion interior que predisponga á lo universal y haga de él una vocacion, pudiera ser aceptada como un hecho fortuito, como un suceso casual, como un fenómeno sin relaciones sensibles, como una causa sin ligazon apreciable con un plan providencial. Pero la universalidad que nosotros debemos buscar debe salir del fondo mismo de la religion que está llamada á ser universal: debe salir de su alma, de su corazon, de sus entrañas, como su fecundidad misma; debe desplegarse en el universo como el árbol en su esfera, en virtud del principio que le dá el ser, de una ley que la rige, de una fuerza que la impulsa y de una vocacion que la llama. Es necesario que pueda presentársela en su concepcion, divisarla al través de las sombras de su cuna, adivinarla en las palabras que le sirven de fundamento, en los elementos que la constituyen y hasta en el nombre que se le dá. Apoyado en esta profunda observacion, por mas que levante mis ojos para ver desde cualquiera altura las diversas religiones que se ofrecen á resolver el universal problema del verdadero progreso del hombre,

yo, ni ninguno de los que me escuchais, ni el mas acérrimo de nuestros enemigos podrá señalar religion alguna, fuera de la católica, que lleve en los mismos elementos de su constitucion este carácter de universalidad. Luego fuera de la religion católica nadie resolverá el problema enunciado; luego fuera de la Iglesia católica es absolutamente imposible marcar con claridad los puntos culminantes sobre los que debe apoyarse la resolucion de las cuestiones del verdadero perfeccionamiento del hombre.

Y cuando hablo de este modo, Señores, no se crea que la Iglesia católica solo podrá presentaros alguna mera teoría sobre progreso; no se crea que ninguna relacion práctica tiene la religion verdadera con todos los movimientos sociales é individuales del hombre; ni que este perfeccionamiento que señala el catolicismo á los pueblos, es algo bueno á lo mas para la vida futura, y que nada tiene que ver respecto á la felicidad temporal; ni que tampoco influye en el desarrollo de las facultades naturales del espíritu humano, ni contribuye al bienestar público, ni á los intereses materiales objetos de la legislacion humana; y que por esto bien se puede tener un verdadero progreso en todo esto, planteado aunque sea en medio de los delirios de los cultos fanáticos ó del ateismo; no, mil veces no. La historia de todos los pueblos desvanece esta creencia pueril. La religion de los pueblos ha sido siempre el espíritu que ha dominado en sus leyes, en su moral, en sus costumbres; de suerte que, poco mas ó menos, los pueblos son lo que sus preceptos religiosos quieren que sean; ó mas bien, tal es la necesidad de la religion para la vida de las sociedades, que cuando las costumbres se han corrompido, los hombres, mas bien que rechazar con descaro toda religion, la han forjado á su modo haciéndose ilusiones, divinizando los mismos vicios que habian

de reprimirse por la religion. Hoy mismo, Señores, por mas que los políticos quieran eludir la necesidad de la religion en las costumbres de la vida social, no la eludirán nunca. Ellos para demostrar que les es mas que imposible, si así puedo decirlo, quitar, como ellos dicen, esa preocupacion universal (si es que pueden darse preocupaciones universales) del corazon del universo, ponen entre los axiomas políticos, que deben tolerarse todas las religiones. Así es como pretenden librarse de la necesidad que tienen de examinar cuál es la única verdadera religion que debe protegerse.

Mas yo sé que algunos me creerán de mala fé cuando no añado que estas diversas religiones se toleran solo en los individuos privados, y que los legisladores no reconocen ni defienden religion alguna en particular, y que á ellos, en consecuencia, custodios tan solo del orden público, no debe inculparse de nada.

Bien; y los individuos de la gran familia social ¿nada tienen que ver con la sociedad? ¿el orden público es algo meramente imaginario? Efectivamente, no pasará nunca de lo imaginario, mientras se crea que puede existir en elementos tan disímolos, contrarios y aún contradictorios, como con los individuos que profesando diversos principios religiosos, tienen diversos principios de moralidad, reconocen diversas fuentes de derecho, de poder, de progreso y de vida. Y no se crea que cada hombre se contenta con ese orden público imaginario, y que cuidará de no trastornarlo cuando menos se tema; pues como cada uno creará tener razon en sus diversos principios, en breve romperá el círculo de lo privado, y los hará públicos, y los sostendrá, y luchará y aún morirá por ellos. Es imposible, Señores, que el jugo que recogen las raices no se haga conocer en el follaje triste ó exuberante del árbol. ¡Elementos contrarios, tarde ó temprano arrojan sobre las sociedades, como el Etna, las revoluciones!

¿Quereis ahora un solo dogma católico que patentize la influencia del catolicismo en la moralidad y bienestar de los pueblos?

Yo apelo nada mas al dogma que mas llama la atencion de los espíritus despreocupados, por no decir, el que mas los espanta. Cuando estos espíritus oyen hablar de fuegos eternos, dicen que esto no pasa de una vulgaridad que no puede influir en nada en el orden de las costumbres públicas y privadas, y que en lugar de degradar el alma con la impresion de un temor servil, sería necesario mas bien enseñarla á dominarse por una accion libre fundada sobre el solo encanto y atractivos de la virtud. Pero yo respondo, que si no hay infierno no hay Dios; no hay bien, ni mal, ni vicio ni virtud: porque ¿dónde está la sancion eterna del uno y de la otra? ¿Dónde está el ascendiente de la ley y la fuerza de su autor careciendo de castigos y calamidades? Segun esto, nada hay de fundamental en los principios de moralidad; entónces los humanos legisladores cometen el horrib'e atentado de castigar lo que Dios no castiga, ni castigará, y á la cual es indiferente. Luego toda sancion penal, ó no es mas que la expresion temporal de una sancion eterna, ó los legisladores no tienen derecho á imponer penas. Mas ¿qué sería de la sociedad, que negando el dogma de las penas eternas, negase á los legisladores este poder de castigar? Conviengamos, por mas que os sea sensible, que sin Dios, sin la religion verdadera que nos dá á conocer este dogma fundamental de las penas eternas, las leyes penales serían meras fórmulas; mas bien diré, no serán mas que horribles atentados.

Yo convengo en que la virtud debería naturalmente conducir en la vida presente á la consideracion y al aprecio, y proporcionar de este modo ventajas temporales que fueran para ella un poderoso estímulo; pero es tal la inconstancia de los hom-

bres y se mezcla tanta inconstancia y capricho en sus favores, que muy frecuentemente usurpa el vicio los honores de la virtud, y sufre esta la ignominia que debería recaer solamente sobre el vicio. Ah! qué digna de lástima sería la virtud si no tuviera mas apoyo que la arena movediza de las opiniones humanas! En todo lo concerniente á los deberes de la vida civil, á la fidelidad en los contratos y á los medios de enriquecerse ó de evitar ruinosas pérdidas, la virtud de que los hombres mas se glorían, la probidad, está expuesta á pruebas muy delicadas y penosas; desgraciados de aquellos en quienes no esté defendida por barreras mas fuertes que el temor del juicio de los hombres, ó de leyes humanas tan solo. Es mas difícil de lo que piensan ciertos espíritus, ser hombre de bien cuando la probidad no está apoyada en una religion que tenga castigos eternos para los que siquiera llegan á traicionarla en su interior. Mil veces tambien se pueden cometer los mayores crímenes sin perder la buena reputacion entre los hombres, sin que se tema el castigo de las leyes humanas y aún ó la sombra de estas mismas leyes; pues no han sido siempre immaculados los humanos legisladores ó los que están en el poder; en este caso, la virtud no sería otra cosa que el arte de ser malo sin ser visto, ó el arte de eludir el castigo; la hipocresía sería la mejor de las virtudes sociales é individuales.

Por lo cual, Señores, probado ya que la razon es insuficiente por sí para resolver la cuestion del verdadero progreso, y que necesita la divina revelacion; demostrado ademas, que no cualquiera religion, sino solo la única verdadera puede ilustrar al hombre para resolverla; se sigue por una consecuencia indeclinable, que, probado que sea, que en la Iglesia católica existe solamente la verdadera religion, quedará mas que suficientemente sostenido, que fuera de ella, es absolutamente imposible cono-

cer con claridad todos los datos para definir la cuestion del verdadero progreso de la sociedad.

Probar ahora si la religion católica es la única verdadera religion, asunto es este que en los tiempos actuales sería vergonzoso probarlo como lo probaron nuestros padres en los siglos de Neron y Calígula; sería hacer el mayor insulto al decantado siglo de las luces; sería tanto como declarar, que en diez y ocho siglos y en pleno siglo diez y nueve aún no se analiza un hecho que ha llamado la atencion de todos los sabios, que se enlaza con la historia de casi todas las naciones actuales; sería negar que los libros que nos lo demuestran se encuentran casi en todas las bibliotecas del mundo; asunto es este, que solo entra como un principio en mis demostraciones y cuya prueba no me compete formalmente por ahora. Ved, no obstante, la historia de la Iglesia católica enlazándose con los acontecimientos mas notables del mundo: la Iglesia con sus millones de mártires, con sus milagros, que han pasado por la crítica mas severa que puede hacerse en diez y ocho siglos por toda clase de génios, porsabios é ignorantes. La historia de sus persecuciones y su permanencia eterna son la mayor garantía de su verdad. ¡Solo Dios ha podido darle esa inmortalidad que veis brillar en su augusta frente! Ved con que firmeza ha sostenido sus dogmas, su moral, siempre la misma, siempre antigua y siempre nueva. Jamás la vereis en la serie de los siglos que borre ó modifique siquiera alguno de sus dogmas; siempre severa contra los vicios, siempre llena de piedad para los culpables; ni se envanece cuando se la ofrece la corona de los reyes, ni se abate cuando estos la proscriben de sus dominios; siempre igual, siempre en todas partes la misma! Examinadla en todas sus faces, nada temerá de vuestro exámen; mas no la condeneis sin oirla, ella es la verdad, el camino y la vida del progreso. Ella no teme

el ser examinada de cerca. Ser examinado de cerca, eso lo teme solamente el error que fascina de léjos. La religion católica no teme este análisis porque es la verdad.

Vosotros, partidarios de la impiedad, aunque sea para impugnarla, vedla de cerca; estudiadla para maldecirla si os place, pero sobre todo, no la condeneis sin oirla. Estudiad siquiera á vuestros gefes y padres de la mentira á quienes creéis mas que al mismo Dios. Leed siquiera á Voltaire, á Rousseau, y sorprendereis en sus mismos escritos contra el catolicismo, gloriosos testimonios que os demostrarán su verdad. Muchas veces, sin advertirlo, á la vista del glorioso campo de la Iglesia que iban á maldecir, como en otro tiempo el impío Balaám al divisar los campamentos de Israel, los vereis caer de rodillas para llenarla de bendiciones. ¡Solo tú, Esposa inmaculada del Cordero, merecias triunfar así de tus enemigos!

Bástenme por ahora las indicaciones hechas hasta aquí para que los hombres de sano juicio, reflexionando sobre estos datos, puedan convenir en mi aserto. Mas como hay quienes al defenderse una verdad, mas que el rigor de la demostracion que no pueden ver sin algun ejercicio del entendimiento, les acomoda mas el que se les resuelvan los inconvenientes que á cada paso suscitan contra ella; paréceme que no debo perder esta bella ocasion para resolverlos aunque sea epilogándolos y con la mayor brevedad posible.

En primer lugar combatiré á los espíritus vulgares. ¿Qué dicen estos contra la Iglesia católica? Ella, dicen, es el monstruo mas grande que el mundo conoce, enemiga de las sociedades como de los individuos, obra suya es la sangre que ha inundado tantas veces la tierra: recordad las Cruzadas, la Inquisicion con todos sus horrores, con todos sus hombres criminales, el S. Bartolomé, la mortandad de nuestros hermanos en la conquista de

nuestra patria, el despotismo é inmoralidad del clero, su sed de oro etc. etc.

Desde luego responderé que es muy mal modo de argüir contra la religion, presentar el conjunto de males á que se dice haber servido de pretexto, sin acordarse de los bienes inmensos de que realmente ha sido origen, y confundir por maña y mala fé la religion con los abusos que de ella hacen los hombres. ¿Qué cosa quedaría en pié, por buena y benéfica que fuera, si para proscribirla bastara designar el abuso que los hombres han hecho de ella? Desde luego, Señores, yo exigiría que el mundo fuera mudo, pues de nada se abusa tanto en nuestros dias como de la palabra. Yo bien sé que las pasiones y la ignorancia ha desnaturalizado harto frecuentemente la religion con prácticas extravagantes, crueles y aún infames; que es lo que se llama supersticion. Mas de una vez el falso zelo ha hecho servir la religion de pretexto á sus furores, ha armado á los hombres contra los hombres, y mandado delitos en nombre del cielo; que es lo que se llama fanatismo. Todo esto lo sé; esto, y mucho mas, puede hacer un pobre mortal. Mas la religion con las extravagancias humanas, es decir, la supersticion; la religion desnaturalizada que arma á los hombres contra los hombres, es decir, el fanatismo, eso no es la verdadera religion eso no es la Iglesia católica. Por esto aunque me llegaseis á probar, lo que no os costaria poco trabajo, todos esos hechos monstruosos que alegais contra el catolicismo, mostrariais á lo sumo la perversidad de los hombres que puede abusar aun de lo mas sagrado que se conoce bajo del cielo, pero nada habriais probado contra la pureza y santidad de la Iglesia católica. Cuando me probeis que los cristianos cometen estos crímenes, y que obrando así, obran segun sus principios católicos, direis entónces: el catolicismo inspira estos crímenes. Mas si por el

contrario, por confesion vuestra, os causan mas horror los crímenes de los ministros del altar precisamente porque decís: estos son los que segun sus principios debieran ser el modelo de las virtudes ¡ah! entónces vuestros cargos no son contra la Iglesia, son contra los individuos privados. No encontrareis jamás en los fastos gloriosos de la Iglesia, algo que justifique los abusos de sus individuos: estudiad su disciplina, registrad sus cánones y vereis qué terribles castigos impone á los que desnaturalizan sus principios, ó abusan de su divina autoridad! Luego cuando creiais que con el hacha de vuestros sofismas despedazabais el tronco del árbol santo de la Iglesia católica, apenas habeis herido una que otra rama seca que se le ha desprendido! Ella con mas propiedad que el héroe Anaxarco cuando quebrantaban sus miembros sobre un mortero, siempre os dirá: herid y golpead mi cubierta pero yo nada siento.

Otro de los cargos formidables, segun los mas cultos enemigos de la Iglesia, es presentarla á la faz de la turba indocta como la mayor rémora de las inteligencias, puesto que no presenta al entendimiento por objeto mas que una fé ciega que le obstruye su majestuoso vuelo á las altas regiones de la verdad. Esto se responde con facilidad con todo lo que se ha dicho hasta aquí. Si la religion católica es verdadera, parte de Dios; si la fé no es mas que otra luz que alumbrá á la razón, es claro que léjos de oscurecer el entendimiento lo ilustrará. Además, no todas las verdades que sostiene la fé son incomprensibles á la razon: las consecuencias que se desprenden de los principios de la fé, son objeto del ejercicio de la razon; la fé en este caso con su autoridad no hace otra cosa que alumbrarla y rectificarla en caso de extravío. Es falso que la religion católica prohiba el estudio de las ciencias y el cultivo de las bellas artes. Ella no impugna sino lo que tiende á extraviar al hombre de los sanos

principios de moralidad. Estudiad en buena hora las leyes que siguen en su carrera los astros, medid sus magnitudes, pesadlos en la balanza del cálculo; encadenad el rayo; sorprended los secretos de la naturaleza; descomponed los cuerpos; horadad si podeis la tierra de cabo á cabo para dar paso á la locomotora; multiplicad la fuerza magnética de la tierra guarneciéndola en toda su superficie con hilos metálicos; estad seguros, la Iglesia nada os dirá; podrá presentaros tambien sabios maestros para todo esto que solo servirá de un bello adorno al verdadero progreso. Pero si al observar los astros creéis que ellos influyen en las acciones libres de los hombres, si creéis que el origen del verdadero progreso son las matemáticas, si descomponiendo los cuerpos quereis tambien descomponer el alma creyéndola ver en el cerebro como cierta médula ó fluido material, si enriqueciendo vuestra alma de ciencias naturales lo haceis con perjuicio de vuestro corazon, de vuestra fé, con perjuicio de vosotros mismos; ella alzará la voz para deciros compadeciendo vuestros extravíos: hijos ¿de que le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? acordaos que S. Pablo nos dice: que el hombre debe buscar ante todo, lo que le conviene saber: admirad en buena hora las creaturas, pero no olvideis á su Creador en quien cada misterio presenta á los ingenios elevados, un asunto muy mas sublime que todo el conjunto de bellezas que atavían á la creacion entera.

Otra de las cosas que mas arredra y mortifica á los espíritus fuertes, es, segun ellos, ese carácter intolerante de la Iglesia católica tan enemigo del progreso.

Esta dificultad, Señores, no viene sino de que en estos dias de superficialidad sobre todo, con una sola palabra se quiere equivocarlo todo. Hay tolerancia religiosa y civil ¿de cual tolerancia se nos habla? ¿en qué consiste la intolerancia de la Iglesia?

La tolerancia religiosa, es decir, la que permite que se profese indiferentemente cualquiera religion, porque cualquiera, por falsa que sea, puede prestar el mismo fin que la única verdadera; esta sería una tolerancia irracional; pues demostrado una vez que la verdad es una y que la religion verdadera no puede ser mas que una, jamás la Iglesia católica podría racionalmente permitir tal tolerancia, sería ella misma declararse como indiferente ó falsa. Bien, pero direis, eso mismo es lo que no quiere, nulificarse aprobando la tolerancia religiosa. Yo respondo: eso jamás lo teme, ni lo temerá; y precisamente no transige nunca con las falsas religiones porque ella es la verdad. Por esto mas bien permite que no se la siga, si así place á la perversidad de sus hijos ingratos; mas bien sufrirá que se la llene de calumnias, y que se la insulte en las plazas y foros, y que se la cargue de cadenas, que ella se declare indiferente porque ella es la verdad, y la verdad obliga y nunca podrá amalgamarse con el error. El error sí puede amalgamarse con el error: por eso vereis que las religiones espúreas se han acomodado á todo y lo halagan todo, aunque sea falso, porque ellas viven de la mezquina proteccion de los hombres, y así les es necesario para su vida, tolerar sus errores, halagar sus pasiones; la verdadera religion que debe quitar los errores de los mortales, reprimir sus malos afectos, ésta es preciso que tenga una vida enteramente divina, y que subsista aunque los hombres le nieguen su amparo.

La verdad no puede ser indiferente con el error. Sed consecuentes con vosotros mismos, vosotros que tanto aconsejais la tolerancia ¿no habeis sido los que habeis probado mas de mil veces que ella es imposible, una vez que el entendimiento llegue á posesionarse de una verdad ó de una falsedad aunque sea? proclamaís la libertad de pensar, y os irritais precisamente porque nosotros no pensamos como vosotros; hablais de toleran-

cia religiosa, y llenais de dicterios á los cristianos y á los ministros católicos indistintamente acusándolos; decís que respetais las creencias todas, é insultais públicamente las creencias católicas en el centro mismo del pueblo católico. Reflexionad y ved que si el error no puede tolerar é insulta á la verdad ¿qué derecho tendrá el error para que la verdad lo tolere?

Si se habla de la tolerancia civil, es decir, de aquella que permite á los representantes de las naciones tolerar en sus dominios cultos diversos cuando ya están planteados, mas no lo que autoriza para introducirlos aunque no lo estén; confieso que es falso que la Iglesia prohíba absolutamente tal tolerancia; sin que por esto se crea que es extraño á la mision universal y divina que ejerce en la tierra, determinar el tiempo y circunstancias en que puede permitirse, y en cuáles no. Mas al permitir la donde sea necesario, su fin no será nunca proteger los errores, sino las personas, para ir atrayéndolas suavemente al recto sendero de la verdad.

Por lo cual, Señores, paréceme bastante lo dicho hasta aquí; y no me creo con la satisfaccion de haber tocado por mi insuficiencia un punto tan difícil como importante, pero sí creo haber siquiera trazado el camino para que los hombres estudiosos puedan llegar á fallar sobre él.

La felicidad, la posesion de un bien supremo es el término del verdadero progreso del hombre. Este bien supremo debe ser el punto de vista de todos los movimientos sociales. Una suprema ley debe ser fuente de todas las leyes humanas só pena de ser estas meros caprichos de los hombres. Este supremo bien no puede suficientemente conocerse por sola la razon, que por su misma naturaleza es limitada y está sujeta á la seducion de los sentidos; y por lo cual necesita una luz divina. No ha de ser ilusoria la felicidad que el hombre desea. Todos los

hombres desembracan en la vida con este supremo deseo, y todos salen de ella con el mismo; luego la felicidad está mas allá de la tumba. Todos los progresos parciales del hombre en esta vida temporal deben ser verdaderos en tanto que conduzcan á la suprema felicidad. Roto este enlace delicado será nada mas progresar al acaso. La luz que ha de ilustrar al hombre debe ser universal por su naturaleza, no ha de estar sujeta á opiniones, debe estar en una institucion que goze de la infalibilidad participada del mismo Dios. De otra suerte, las cuestiones del progreso resueltas solo de un modo probable por opiniones diversas, darán un progreso probable, pero no verdadero. Mas la religion católica es la única como he dicho, y como pueden estudiarlo los que busquen de buena fé la verdad, es la única que tiene esta autoridad infalible, porque solo ella es divina. En consecuencia, fuera de ella todo será opiniones sobre progreso, pero un progreso sujeto á opiniones es un progreso incierto; luego fuera de la Iglesia católica es absolutamente imposible andar con certeza en el verdadero camino del progreso.

A vosotros, jóvenes, ¿qué os diré? perdonad si al parecer me había olvidado de vosotros para combatir á vuestros enemigos. Ya os presto mi atencion que con tanta justicia mereceis. Yo os felicito á nombre del cielo, porque fieles á su voz seguis progresando en el escabroso camino de las ciencias, al cuidado de vuestra tierra madre la Iglesia católica. Seguid, seguid buscando la verdad, hoy que todavía no os dejais arrebatarse del torbellino de las pasiones. Tened entendido, la perversidad del entendimiento es obra de la perversidad del corazon, la impiedad es una planta que solo vegeta en un fango inmundo. Seguid, seguid buscando la verdad. Es muy glorioso conocerla, lo es mucho mas amarla, y supremo bien poseerla. Que no os deslumbre jamás ese falso brillo de la gloria de los impíos, no se los envidieis nunca porque en breve no lo vereis mas.

HE DICHO.

tomada razón

INFORME

POR EL SEÑOR VICE-RECTOR

D. JOSE VICTORIANO ALEMÁN

EN NOMBRE DEL SR. RECTOR DR. D. PABLO TORRES VIDAL,

ACTA DE PREMIOS

LEIDA LA NOCHE DEL

27 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO,

Y

DISCURSO PRONUNCIADO

POR EL

Sr. Presb. D. Andres Segura

EN LA SOLEMNE

DISTRIBUCION DE PREMIOS

DEL SEMINARIO CONCILIAR DE LEON,

AÑO DE 1879.



LEON.

IMPRESA DE J. M. MONZON,
Cuadra tercera de la Plaza de Gallos núm. 36.